

preguntándonos como dice él: si la energía ni se crea ni se destruye, ¿qué ocurre con esos «21 gramos de energía que decían los antiguos que pesa el alma que abandona el cuerpo después de morir?». Aunque seguimos sin saber qué hay «más allá», dónde acaba esa energía que se transforma, quizá ¿«incorporándose a otra energía mayor»? Desde luego no es sólo algo difícil de explicar, es ante todo algo que «intuir».

Nos hace este libro dar de nuevo un giro más de tuerca a «esto de morir» habiendo «vivido» y quedarnos con la pregunta de ¿seremos capaces de afrontar nuestra propia muerte como si fuéramos a despedirnos para iniciar un viaje?, un viaje más grandioso que la vida, y desde luego tanto o más desconocido que la propia vida cuando la iniciamos.

ANA LEBRERO

P. BLET, *Pío XII y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Cristiandad, 2004, 424 pp.

Excelente texto, fruto de una inigualable investigación, del jesuita y profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, Pierre Blet. En efecto, Blet coordinó el equipo de investigadores que preparó la edición de los documentos del Archivo Secreto Vaticano concernientes a la actividad de la Santa Sede durante la Segunda Guerra Mundial.

La historiografía moderna —se nos dice en el prólogo— pasa fácilmente por alto el papel del papado en la vida internacional, o se contenta con vagas alusiones.

En relación con la guerra de 1939, al silencio de la historiografía se añade, desde los años 1964-1965, una oleada de denigraciones sistemáticas de la persona y actividad de Pío XII.

Sobre el Papa Pacelli se ha montado toda una leyenda negra que lo tilda de pro-nazi, antisemita y silencioso colaboracionista. La única manera de exponer la verdad es recurrir a los documentos originales que expresan directa, clara y contundentemente el compromiso del Papa con la causa de los perseguidos.

Así, en la línea del método histórico crítico, por autorización del papa Pablo VI, estrecho colaborador de Pío XII, se autorizó la publicación de los documentos de la Santa Sede relativos a la Guerra.

Los archivos de la Secretaría de Estado conservan los expedientes en los que se puede seguir, muchas veces día a día y, en ocasiones, hora a hora, la actividad del Papa y de su servicio antes, durante y después de la Guerra.

Ese material se ha publicado en los once tomos, en doce volúmenes, de actas y documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial, que ofrecen al historiador el mejor medio para saber cuáles fueron realmente la actitud y la actuación del papa y de la Santa Sede durante la guerra.

Del estudio de los documentos, sintetizados para esta publicación, sobresalen las iniciativas del papa y de la Santa Sede por detener la Guerra y, desatado el «infierno», los esfuerzos del papa por suavizar el sufrimiento y socorrer a las víctimas.

Además se revelan todas las intensas acciones diplomáticas entre la Santa Sede y las potencias europeas y las entrevistas públicas y privadas del papa con los actores del conflicto.

Se expone con detalles los auxilios enviados a los campos de prisioneros y a las regiones más castigadas, y los tremendos esfuerzos por restablecer el servicio información entre los prisioneros de guerra y sus familiares.

Con maestría y pasión, Blet expone las intensas presiones que recibieron el Papa, el Nuncio, los representantes en cada país para que se parcializaran. Con dramatismo se describe el profundo sufrimiento que le generó al Papa y a la Iglesia la situación de los cuarenta millones de católicos que habitaban el Reich y que pudieron haber sufrido un peor destino de no ser por la actitud modesta, equilibrada, pero —llegado el momento— 19 de marzo de 1937 firme del papa Pío XII. No menos dramática era la situación de los polacos judíos y católicos.

En este punto, el epistolario y las alocuciones radiales dejan constancia del tierno afecto del Papa por sus hijos, por los hombres de toda religión, por su amada Roma (p. 294), parcialmente destruida, y por sus hijos predilectos los sacerdotes: perseguidos, fusilados o enviados a campos de concentración.

Nadie se salvó de la barbarie: sacerdotes polacos o laicos exterminados con saña, religiosas violentadas y, en el paroxismo, los judíos fueron blanco de la mayor crueldad. Ellos, convertidos o no al cristianismo, fueron atendidos, hasta donde humanamente se pudo, y protegidos por la Iglesia.

El Papa Pío XII y la Iglesia no se dejaron llevar a engaños. A la gran cantidad de comunicaciones recibidas en la Santa Sede que detallaban las crueldades de los nazis se suma —destacamos— una comunicación de un párroco de Bratislava del 7 de marzo de 1943 en la que se afirmaba que los nazis fabricaban jabón con los cuerpos de los judíos deportados y masacrados —según testimonio de un oficial alemán— con gases asfixiantes, con metralletas, y de otras muchas maneras (pp. 231-232). Así lo testimonian —además— dos jóvenes judíos que habían logrado escapar de Auschwitz en la primavera de 1944, según los cuales se producía el exterminio de judíos en las cámaras de gases (p. 236).

Ya en noviembre de 1945 Auschwitz, con su cámara de gas, había sido desmantelada, pero ello no impidió que los judíos de Budapest, unos cuarenta mil, fueran enviados a pie hacia el Oeste, en dirección a Austria, donde habrían de trabajar para preparar la defensa del país contra el ejército soviético (p. 281).

Cuando ya no se podía creer en la palabra de los alemanas nazis, y ser judío, de cualquier condición y en cualquier país, constituía una sentencia de muerte, la Santa Sede, con el papa a la cabeza, impulsó una trepidante campaña para la expatriación de judíos a España, Angola o a la lejana Venezuela. Esto salvó la vida de miles.

Tales acciones, para proteger y salvar a los judíos, se llevaron a cabo con tal sigilo y prudencia que ni aún el mismo Arzobispo de Viena estaba al corriente de la amplitud de las intervenciones de la Santa Sede a favor de los judíos que residían en territorios sometidos a los alemanes y a sus aliados (p. 207).

La intervención de la Santa Sede ante el gobierno de Eslovaquia impidió la deportación, y muerte segura, de cuatro mil judíos (p. 247).

El 31 de mayo de 1943, relata el P. Marcone, enviado de la Santa Sede a Croacia: «multitud de personas que hacía años habían contraído matrimonio mixto y que hasta ayer vivían en continua preocupación de ser arrestados de un momento a otro invadieron nuestra casa, y con lágrimas en los ojos mostraban su agradecimiento a

la Santa Sede, que era la única que en un momento tan triste se ocupaba de los hijos de Israel» (p. 256).

Entre los judíos deportados a Transnistria había ocho mil huérfanos, de los que cinco mil habían perdido el padre y la madre (p. 263). También para ellos diseñó la Iglesia un plan.

El 15 de julio de 1943, el Capuchino Marie-Benoît, denominado Padre de los judíos, se hacía intérprete de los judíos franceses y de su «agradecimiento a la iglesia católica por la caridad que les ha demostrado».

El gran rabino de Jerusalén, Isaac Herzog, expresaba al secretario de Estado, en un carta de 19 de julio, su agradecimiento al Papa, cuyos esfuerzos a favor de los refugiados «han despertado un sentimiento de gratitud en el corazón de millones de seres humanos» (p. 283) Luego, hizo otro tanto en carta personal al Papa (p. 284).

Lo mismo hicieron las comunidades judías de América del sur: Chile, Uruguay y Bolivia.

Pero no sólo hasta allí llegó la ayuda de la Iglesia y de Pío XII. El 20 de septiembre de 1943, los jefes de la comunidad israelita de Roma fueron convocados al Cuartel General de las SS por el lugarteniente coronel Herbert Kappler, que les ordenó que en plazo de veinticuatro horas le entregaran cincuenta kilos de oro, bajo pena de deportación inmediata de todos los judíos varones que vivían en la ciudad. A pesar de los esfuerzos más desesperados, no lograron recoger más que treinta y cinco kilos de oro. El gran rabino de Roma, Zolli, apeló directamente a Pío XII, quien dio orden de hacer lo necesario para recoger los quince kilos que faltaban. Existen pocos documentos sobre este episodio. (p. 303).

Ya en los primeros días de octubre de ese año, los judíos de Roma empezaron a utilizar los conventos como refugios. Solos o casados, y hasta en conventos de clausura, hombres entraron a refugiarse en conventos de religiosas y mujeres en conventos masculinos.

Ante una violenta persecución de la que no se salvaban ni los judíos italianos, el Colegio Internacional de los capuchinos en Vía Sardegna, dirigía un programa de ayuda clandestina, para dotar a los refugiados de documentos de identidad (p. 308).

Si el Papa Pío XII actuó de forma muy prudente, contra sus impulsos personalísimos, se debió a una advertencia de la Cruz Roja: las protestas no sirven de nada, e incluso pueden hacer un mal servicio a aquellos a los que se pretende ayudar. Robert M W. Kemper, antiguo delegado de Estados Unidos en el Consejo para el tribunal de Nuremberg sobre los crímenes de guerra: «cualquier intento de propaganda de la Iglesia católica contra el Reich de Hitler no sólo habría sido un suicidio provocado, como ahora lo ha declarado Rosenberg, sino que habría acelerado aún más la ejecución de judíos y sacerdotes»

Pío XII, además, debió considerar que una declaración pública hecha por él habría proporcionado un arma a la propaganda nazi, que se esforzaba por presentar al papa como enemigo de Alemania.

Pero esa reserva —nos cuenta Blet— era todo lo contrario de una indiferencia con respecto a las víctimas. Mientras el papa daba en público la apariencia de silencio, su Secretaría de Estado atosigaba a los nuncios y delgados apostólicos en Eslovaquia,

Croacia, Rumanía y Hungría, ordenándoles intervenir ante los respectivos gobiernos y episcopados, con el fin de suscitar acciones de socorro.

Un historiador israelita, Pinchas Lapide, no dudó en calcular en ochocientas cincuenta mil el número de personas salvadas por ese despliegue de febril actividad. (p. 402).

Este es un libro imprescindible y definitivo; fuente inapreciable de información que podrán consultar con provecho los historiadores de la Segunda Guerra Mundial.

WILLIAM RODRÍGUEZ CAMPOS

J. TREASURE, G. SMITH y A. CRANE, *Los trastornos de la alimentación. Guía práctica para el cuidado de un ser querido*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2011, 298 pp. ISBN: 978-84-330-2483-1.

Esta obra, tal como expresa su subtítulo, consiste en una práctica guía para orientar a aquellas personas que conviven con alguien aquejado de un trastorno de la conducta alimentaria (TCA) sobre cómo relacionarse con él/ella para contribuir a reducir sus riesgos y mejorar no sólo su relación con la alimentación sino algunas otras conductas difíciles, frecuentes entre este tipo de pacientes, que afectan gravemente la convivencia familiar.

Escrita en colaboración por tres autoras con perspectivas diferentes aunque con un enfoque complementario y coherente: Janet Treasure es una psiquiatra especializada en este tipo de trastornos desde hace décadas, y una figura importante en este campo; Gráinne Smith es autora y conferenciante sobre estos temas desde que su hija, ahora adulta y recuperada, desarrollara una anorexia nerviosa; por su parte, Anna Crane es una estudiante de medicina que padeció un trastorno de alimentación del que se recuperó. La perspectiva conjunta que ofrecen aporta una visión bastante completa de lo que puede vivirse en el entorno de una persona que, padece un TCA, escrita en un lenguaje claro y asequible, donde predomina un enfoque comprensible, llena de sentido común y de pautas desde las cuales afrontar gran parte de la sintomatología que afecta a estas personas y a su entorno familiar.

La obra, útil no únicamente para familiares, sino también para profesionales que trabajen con pacientes con estos trastornos, trata de desarrollar en el lector una serie de habilidades, pautas, estrategias y conocimientos que utilizan los profesionales especializados en pacientes con TCA en la Unidad de Trastornos Alimentarios del Hospital Maudsley (Londres) y que, a su vez, enseñan a los cuidadores familiares que conviven con estos pacientes, para que puedan cambiar su forma de reaccionar frente a los síntomas del trastorno, trabajando en colaboración para evitar que el trastorno se prolongue y para ayudar a la recuperación.

El libro consta de catorce capítulos, el primero de los cuales incluye informaciones sobre el trastorno que pueden ser de utilidad para los propios pacientes. El resto orienta a los cuidadores sobre distintas dificultades que se presentan con frecuencia en estos trastornos, presentando una base teórica, ejemplos, sugerencias de aplicaciones prácticas, así como puntos de reflexión posterior sobre cada uno de los temas